

Faint, illegible text arranged in two columns at the top of the page.



ESPIRITUALIDAD

Siempre es impresionante sorprender a un hombre abstraído en oración. Presentimos, más allá de lo visible, una inefable evasión al mundo trascendente, que tiene no sé qué de sobrecogedor y misterioso.

Pero impresiona más — y es cosa que no se hace sin que tiemblen respetuosamente los pulsos — desvelar el misterio y adentrarnos por las rutas de nuestro castillo interior.

Vamos, amigos, a hablar de oración.

El tiempo invita. En estas tardes sosegadas del Adviento, vísperas esperanzadas del gozo natalicio, que parecen hechas para la intimidad en Dios. Cuando, yerto el paisaje en quietud entumecida, sólo una hoja de árbol — el símbolo isaiano y adventual de nuestra debilidad caída — cruza en diagonal el cuadro luminoso de nuestra ventana.

Solos con Dios en nuestra nada: la oración — diálogo y confianza — surge espontánea.

¿Sólo pedir?

Es verdad que necesitamos pedir. Tropezamos

demasiado frecuentemente con nuestra sed y nuestro vacío; con nuestra indigencia radical, nacida de nuestra misma indigencia metafísica — somos esencialmente dependientes, pendientes de Dios —. Y nuestra indigencia se agrava por esa herencia de fragilidad que, desde que el pecado se injertó en nuestro tronco original, nos hace además estar pendientes «por un cabello — como ha escrito Chesterton — de la misericordia divina».

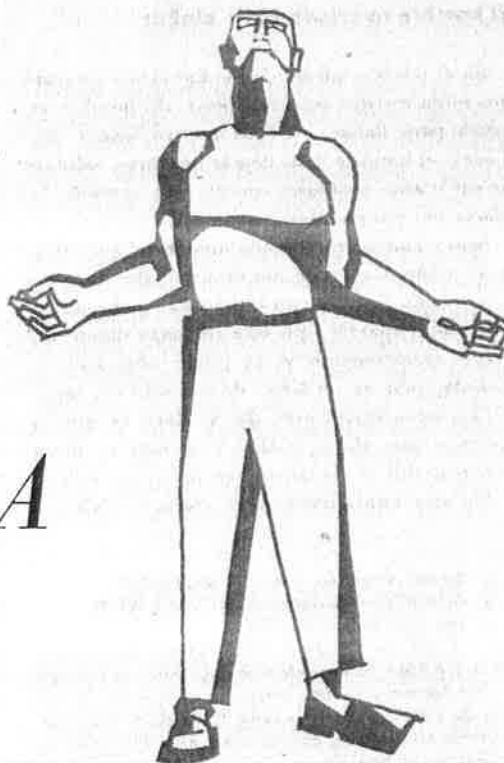
Siendo esto verdad, nuestra necesidad nos tiene quizá en exceso acostumbrados a esa definición, concisa y exacta, de nuestro catecismo, cuando nos dice que «orar es levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes».

Más de una vez nos habrá asaltado la pregunta: ¿Sólo pedir es orar? La intimidad de nuestro trato con Dios ¿se puede reducir a tender la mano esperando el don?

El catecismo, excelente compendio teológico — pero compendio al fin — no aclara más. Rebuscando en libros de más tomo no tardamos en ver que esa definición — exactísima en su concisión — responde a la oración en su sentido *estricto*.

ORACION DE ALABANZA

Cipriano Torres S. I.



Los juegos etimológicos son a veces peligrosos y expuestos a sutilezas que la realidad vital de la semántica desmiente con frecuencia; pero quizá en este caso nos sirva para algo el subrayar que la derivación popular — y por eso mismo, en cierto sentido, más castellana — del cultismo, casi latinismo, «estricto» es «estrecho». Porque, en efecto, esta definición tan estricta, nos viene estrecha.

Orar es algo más que pedir. Y puede ser algo distinto de pedir. Por lo pronto, entraña un elemento previo: elevar el corazón. San Juan Damasceno nos dejó escrito que oración es «la elevación del alma a Dios» (1). Antes que él, pero sin duda suponiendo este primer paso ascensional, San Gregorio de Nisa nos había dicho que oración es un «trato y conversación con Dios» (2).

Empieza nuestro pasmo: el hombre ¡conversando! con Dios.

Y nuestra pregunta: ¿De qué? ¿Sólo de nuestra sed y de nuestro vacío? Y ¿por qué no de su plenitud?

El hombre es criado para alabar

En el pórtico mismo de los Ejercicios ignacianos están escritas estas palabras: «El hombre es criado para alabar... a Dios nuestro Señor» (3). Todos, el hombre y las demás criaturas, salimos de sus manos creadoras con un solo sentido: la gloria del mismo Dios.

Santo Tomás, recogiendo una frase que atribuye a San Ambrosio, nos dirá que gloria es un «claro conocimiento con alabanza» (4). Es obvio, como aquí aparece, que esta alabanza supone un previo conocimiento y un juicio estimativo y complacencia en un bien, de que sólo son capaces los seres inteligentes (5). Y claro es que si nacemos para gloria de Dios y en ésta es pieza indispensable la alabanza, nacemos para alabar.

Por esta implicación entre *gloria* y *alabanza*

(1) *De fide orthodoxa*, l. 3, c. 24. MG 94,1090.

(2) *De oratione dominica*, orat. 1.^a. MG 44,1125.

(3) *Ejercicios Espirituales* (23).

(4) «Clara cum laude notitia». *Summa Theologica*, 1-2, q. 2, a.3 in c. La expresión se encuentra ciertamente en San Agustín y parece innegable el parentesco con otra de Cicerón, *De investitione*, 2, 55: «Gloria est frequens de aliquo fama cum laude» (fama divulgada de alguno con alabanza).

hay quien llega casi a identificarlas, al definir a ésta última con palabras que recuerdan mucho a las que definen la gloria: «Alabanza es un sabroso conocimiento de la majestad y perfección divina y un engrandecimiento y exaltación de la misma por medio de palabras interiores y exteriores» (6).

Es un bello destino el haber nacido para la alabanza; el haber aparecido en la escena del mundo con un papel esencialmente glorificador en nombre propio, y como un resonador y traductor de la gloria que las demás criaturas, incapaces de alabar a Dios, tributan a su Creador. Se diría que la creación inanimada aloja en sus entrañas un incontenible deseo de romper ese gran silencio cósmico en un himno gigante de alabanza al Creador.

«Los cielos cantan la gloria de Dios

No es un lenguaje ni es hablar cuya voz no se perciba:

Su sonido recorre toda la tierra y sus palabras llegan hasta los confines del mundo». (Ps 18, 1. 4. 5)

Pero este lenguaje de la gloria de Dios es un lenguaje que hay que traducir. Son las criaturas inteligentes las encargadas de hacerlo: o más bien, de traducir su admiración ante ese lenguaje tan sonoro y tan silente de la naturaleza en éxtasis.

La alabanza como admiración latréutica

Para los antiguos la admiración fué el comienzo del saber. «Por la admiración — el Esta-

(5) La gloria aquí definida es la llamada en el lenguaje de la Escuela *gloria formal*, como contrapuesta a la conocida por *gloria objetiva*, llamada «gloria» sólo por una denominación analógica, ya que no es más que el objeto de ese conocimiento y de la complacencia y alabanza subsiguientes. La complacencia en la perfección divina — y de ahí la alabanza y la gloria — puede ser por parte de otros seres inteligentes — *gloria formal extrínseca* — o por parte del mismo Dios que se complace en su perfección — *gloria formal intrínseca* —. A esta última aludimos siempre que recitamos esa bellísima oración del «Gloria Patri», al decir aquellas palabras: «Como era en el principio...». Deseamos a Dios la misma gloria que desde toda la eternidad tiene en sí mismo. Adviértase, de paso, la profundidad teológica de fórmulas brevísimas, como ésta, al parecer rutinarias de uso frecuentísimo en la Iglesia.

(6) DIEGO ALVAREZ DE PAZ, S. I.: *De inquisitione pacis*, l. 4, p. 3, c. 14.

giritra es quien habla — ahora y desde el principio comenzaron los hombres a filosofar» (7). Y modernamente se ha dicho que la actitud del filósofo es pasar por el mundo con las pupilas dilatadas por el asombro. Para quien admira perfecciones de otro ser inteligente, en él mismo o en sus efectos y reflejos, la admiración y el asombro se revuelven en alabanza.

Si ese ser admirado es Dios, a la admiración se une un motivo de sumisión. El primer deber del hombre para con su Creador, aun en la hipótesis irreal de nuestra no elevación al plano sobrenatural, es rendirle culto (8). Todos los actos a ello encaminados se ensamblan en una gran virtud, llamada la virtud de la *religión*. La adoración, por consiguiente, el sacrificio, el voto, el juramento, la oración — en todas las facetas que anidan en su concepto más amplio; — todo aquello, en una palabra, que se inscribe bajo el nombre de *religión*, tiene por finalidad primaria el culto de Dios; sólo en segundo término nuestro provecho.

Aun aquellos actos, por tanto, que, como la oración de petición, parecen más enfilados hacia nuestro propio interés, deben pretender ante todo el culto de Dios (9). Mucho más aquellos que, como la alabanza, buscan sólo su exaltación y su gloria. Por eso no es difícil ver identificadas oración de alabanza con oración de adoración (10). Porque la alabanza es la expresión verbal — con la palabra de la boca o con el verbo de la mente — del reconocimiento de nuestra sumisión y dependencia en que consiste la adoración.

El amor, manantial de alabanzas

San Agustín, en su comentario al salmo 134, nos dice estas palabras reveladoras: «Aunque siempre fuérais siervos, deberías alabar a Dios; cuánto más debéis alabar a Dios los que sois

siervos para que merezcáis ser también hijos» (11).

Las llamo reveladoras porque apuntan ciertamente a lo más visceral y entrañable del dogma cristiano. Dios se hizo hombre para hacer al hombre participante de su naturaleza divina. Portento tan inimaginable hace clamar a la Iglesia en los maitines de Navidad por boca de San León Papa: «¡Date cuenta, cristiano, de tu dignidad!» (12).

El Verbo se hace Hijo del Hombre para hacer a los hombres hijos — adoptivos — de Dios.

Nuestra vinculación con Dios ha cambiado radicalmente. No sólo somos los siervos que *deben* la alabanza. No somos los extraños que se admiran de lo que descubren sus ojos asombrados: Somos los *hijos* que alaban, porque la alabanza — no la adulación, que puede ser la expresión hipócrita del odio y la perfidia — es el lenguaje del amor. Sólo se alaba sinceramente lo que sinceramente se ama, porque el objeto, tanto del amor como de la alabanza, es el bien. «Pensad y vez — otra vez es S. Agustín — que cualquier cosa que alabais, la alabais porque es buena. Loco es el que alaba lo que no es bueno... Pues si lo que alabamos lo alabamos por eso, porque es bueno, ninguna causa se te puede ofrecer mayor, mejor y más fuerte para alabar a Dios, que porque es bueno. Luego «alabad al Señor porque es bueno» (Ps 134^o) (13).

Se puede alabar a Dios por muchos motivos y múltiples caminos: el amor es el único que indefectiblemente desemboca siempre en la alabanza. Me refiero, sobre todo, al amor, no sólo sobrenatural, sino — caridad es su denominación teológica — en aquel ápice suyo más ageno al propio interés, que busca sólo el bien del objeto amado: el llamado amor de amistad o de benevolencia (14).

No sólo los Santos

Nadie piense que amar así es cosa privativa de los Santos. En ellos será más habitual — aunque ni siquiera ellos, mientras están en esta vida, pueden prescindir de ese otro amor menos

(7) *Metafísica*, I, 1, c. 2. (Bk 982 b 12).

(8) El rendido a Dios — a diferencia del tributado a otras personas dignas de culto — se llama culto latréutico o de latría, es decir, de adoración.

(9) Cfr. D. PRÜMMER *Manuale Theologiae Moralis*, vol. 2, n. 332.

(10) Prescindimos, para mayor claridad, de otras divisiones de la oración — en las que, por otra parte, no hay unanimidad entre los teólogos — y, recogiendo un sentir que se puede llamar «resultante», reducimos en nuestro trabajo la oración a la alabanza, la petición y la acción de gracias. Sólo la primera es el objeto que nos ocupa.

(11) In Ps 134, n. 1, ML 37, 1739.

(12) *Sermones* 21. 3, ML 54, 192.

(13) *L. c.*, n. 4.

(14) Es claro que a Dios no le podemos desear ningún bien entrínseco que no tenga; pero sí la gloria entrínseca que proviene de la alabanza de sus criaturas (cfr. nota 5). Y ciertamente podemos gozarnos en el bien que tiene, o por mejor decir, que es El mismo.

elevado — por más vuelto hacia sí — que es la virtud teologal de la esperanza —; pero actos dispuestos — el mismo amor creciente multiplicará su frecuencia — nos corresponden a todos como una obligación. Obligación que, por otra parte, cumplen sin advertirlo quienes llevan una normal vida cristiana, porque muchos de sus actos llevan implícito — y a veces explícito, como cuando recitamos la primera mitad del *Pater noster* — el acto perfecto y desinteresado de amor a Dios.

A medida que crece en nosotros ese amor desinteresado, es más frecuente la alabanza. Por eso los santos apenas cesan en ella. «Cuando comencé a andar a gatas — nos dice Santa Teresa en su *Vida* — alababa a Dios». (15) Y más tarde en *Las Moradas* escribía: «Quisiera... que todas cuantas cosas hay en la tierra fueran lenguas para alabarle» (16).

Mas no es una casualidad de dirección única, sino reversible, ya que amor y alabanza, alabanza y amor se implican mutuamente.

De la abadía parisina de San Víctor nos vienen estas palabras: «Procura también tú alabar, admirar, venerar el poder de Dios, la sabiduría de Dios, la misericordia de Dios, y puedes estar cierto de que cuanto más alabes, tanto más ardentemente amarás» (17). Como «*Cantare est amantis*», (18) y la alabanza, aun la más recóndita, parece como un espíritu encarnado en un cuerpo musical, nada tiene de extraño que brote el canto como forma de alabanza (19).

Sacrificio de alabanza

De lo que llevamos dicho no es difícil colegir que la verdadera alabanza de Dios no puede restringirse al rito meramente externo de pronunciar unas frases laudatorias en su honor. Ha de

(15) *Obras completas*, vol. 1, Madrid, BAC (1951) p. 620 s.

(16) *Id.* vol. 2, Madrid, BAC (1954), p. 436

(17) RICARDO DE SAN VÍCTOR: *De exterminatione mali et promotione boni*, t. 1, c. 4.

(18) «Cantar es propio del que ama».

(19) Sugestivo por demás es el tema del canto como forma de alabanza y una alusión, siquiera sea de pasada, a la alabanza litúrgica; es una de tantas encrucijadas tentadoras como han asaltado nuestro caminar en las presentes líneas y que, por ahora, y por no perder la «*dritta via*» en los angostos límites de un artículo, nos vemos precisados a soslayar.

nacer de nuestra sumisión, de nuestra admiración, de nuestro amor desinteresado. Cosas todas que chocan con tendencias desordenadas que llevamos en lo más íntimo; con la soberbia y estima propia — ésa del frío hermetismo en los labios para la alabanza ajena; — con el egoísmo que — no se puede, lo hemos dicho, alabar más que lo que se ama — es incapaz de extraverterse en un amor que no piense en sí mismo. Hay almas que parecen incapaces de amar. Y como consecuencia, en sus labios jamás florece la alabanza sincera; a lo más brota — turbia y hedionda como del fondo de una ciénaga — una adulación siempre egocéntrica y a veces traidora.

Desde este nuevo ángulo hemos de encarar la expresión del Salmista: «Inmola a Dios un sacrificio de alabanza» (Ps 49¹⁴). *Sacrificio* implica algo de que uno se deshace en honor de Dios. ¿De qué nos privamos al alabar a Dios?

«La alabanza — ha escrito Henri Martin — nos vacía de lo que estimamos como nuestro bien mejor, nuestro amor propio, nuestra gloria» (20). Sólo alaba bien el que, olvidado de sí, ama ardentemente.

San Roberto Belarmino nos dice «Una cosa es la alabanza de Dios y otra el sacrificio de alabanza. Porque Dios puede ser alabado por aquellos que sólo con los labios honran a Dios, pero no puede ofrecerse en sacrificio la alabanza, sino por aquellos que en el ara de su corazón y con el fuego de la caridad ofrecen el incienso de la alabanza, es decir, aquellos que creen, y en cierto modo ven, que Dios es el sumo bien, y a Dios, así creído y conocido, le aman de todo corazón y como a hermosísimo, buenísimo, sapientísimo, le admiran y le alaban» (21).

Una alabanza que saliera sólo de los labios, sin un sacrificio interior, merecería aquel reproche que Jesús, tomándolo de Isaias, dirigió a los escribas y fariseos: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt 15⁸, Is 29¹³)

Servicio y alabanza

Es quizá ahora cuando cabe valorar en toda su hondura la frase ignorada que más arriba

(20) *Louange de Dieu*, en *La vie Spirituelle* 19 (1928) p. 299.

(21) *Opera omnia*, París, Vives (1876), vol. 10, p. 332.

ofrecimos truncada: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor» (22). No existe alabanza perfecta sin esa actitud reverencial; ni existe sin servicio de Dios. «El que alaba — dice San Agustín — es bueno; porque si alaba, no sólo alaba con la lengua, sino que recuerda también la vida con la lengua» (23).

Esta inmersión del servicio amoroso — de siervos y de hijos — en una concepción cabal de la alabanza divina, hace que no podamos discriminarla autónomamente del resto de la vida cristiana, para darle una sustantividad independiente. A no ser que queramos asignar a la expresión, por todo contenido, la inanimidad de un ruido de palabras biensonantes.

Casi cabría decir que la perfecta alabanza empieza cuando las palabras cesan. «La alabanza — se ha escrito bellamente — se acaba en un misterioso silencio». Y entonces comienza otra alabanza íntima del corazón. *Tibi silentium laus* (24). Es el silencio de la admiración contemplativa de aquello para lo que faltan palabras. Es la sumisión perfecta a la voluntad de Dios, que es la más perfecta alabanza. Aquella alabanza — sacrificio de la voluntad, «sacrificio de alabanza» — que Dante atribuye, en unos versos del Canto XI del Purgatorio, a los ángeles, a quienes supone exteriorizando su alabanza íntima en el canto del ¡Hosanna!, aunque es claro que los ángeles no cantan con palabras externas: «Como tus ángeles te sacrifican su voluntad cantando hosannas, hagan así los hombres con la suya» (25).

El canto del dolor

Cantar cuando se ama y se goza... ¿tiene algo de extraño?

No es tan fácil, en cambio, protagonizar en nosotros aquellas palabras de Pierre de Craon, el constructor de catedrales, en «L'annonce fait a Marie», de Claudel: «Alaba a tu Dios, tierra bendita, en las lágrimas y en la oscuridad».

(22) Ejercicios Espirituales, 1. c.

(23) In Ps. 49, n. 30. MI 36, 584.

(24) «El silencio es para tí alabanza».

(25) Obras completas, Madrid, BAC (1956), p. 297

Y sin embargo, la alabanza, fruto purísimo del amor, nunca lo es más que cuando florece de un amor acrisolado en el dolor. En la alabanza gozosa, siempre, mientras peregrinamos entre engaños, puede quedar un resquicio para el amor propio. Cuando se alaba a Dios en el dolor, esa posibilidad se achica hasta desaparecer:

Así alabó a Dios aquel hombre de Hus, que se llamó Job: «Dios me lo dió, Dios me lo quitó. ¡Bendito sea su santo nombre!» (Job 1^{ra}). Así también aquel anciano, San Policarpo, obispo de Esmirna (†156), que atado en la hoguera prorrumpió en estas sublimes palabras: «Yo te alabo por todas las cosas, te bendigo y te glorifico, por mediación del eterno y celeste sumo sacerdote, Jesucristo, tu siervo amado, por el cual sea gloria a tí con el Espíritu Santo, ahora y los siglos por venir. Amén» (26).

«Nadie — escribe Otto Zimmermann — alaba a Dios más puramente que quien le dice en sus sufrimientos: Tú eres la Bondad» (27).

«Laus perennis»

En el dolor y en el gozo — y nuestra vida es un tejido de gozos y dolores — la alabanza de Dios, interna y externa, con las palabras y con su vida, ha de ser el lenguaje perpetuo del cristiano.

Es un lenguaje que tiene una garantía de permanencia eterna.

Correspondiéndose con los dos amores que en este mundo tenemos a Dios: la esperanza — amor a Dios como a bien nuestro — y la caridad — amor a Dios como Bondad en sí mismo — la oración de petición y la de alabanza tendrán permanencias correlativas.

La petición, con la esperanza, cesará cuando nada tengamos que pedir porque nada tendremos que esperar; la alabanza, con la caridad cuyo fruto es, permanecerá, y con ella se perfeccionará al romperse las sombras de esta vida. Porque sólo entonces encontrarán ambas plenamente su complemento.

La Iglesia ha querido, en un afán de no cesar en la alabanza, repartir el rezo público, tan lleno

(26) DANIEL RUIZ BUENO, Padres Apostólicos, Madrid, BAC (1950) p. 683.

(27) *Aszetik*, Freiburg im Breisgau, Herder (1932) p. 331

de ella, por todo el día, y convertirlo en una verdadera «laus perennis».

Para imitar aquí abajo a aquellos serafines de la visión de Isaías, que clamaban sin cesar: «Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos. Llena está toda la tierra de su gloria». (Is. 6^o).

Para iniciar en la tierra un oficio eterno.

Porque — termino con palabras de San Bernardo en su comentario al Cantar de los Can-

tares — «nada tan propiamente representa en la tierra el estado de los bienaventurados en el cielo como la alegría de los que alaban a Dios, pues dice la escritura: Dichosos los que moran en tu casa, Señor; en los siglos de los siglos te alabarán (Ps. 83^o)» (28).

(28) *Obras completas*, vol. 2, Madrid, BAC (1955) p. 59.

